

Semiosis social

Mucho más explícitas y casi opuestas parecieran ser las estrategias fotográficas de Natalia Iguíñiz y Sandro Venturo al trasladar a un formato tecnológico y potencialmente masivo las inquietudes que recorren toda atribución de roles en la compartida vida personal y doméstica. "¿Quién manda a quién?" es precisamente el título que reúne a ocho infografías en torno al cargado tema de las relaciones de poder en las relaciones de pareja. Quizá era inevitable que la pieza titular del conjunto exhibiera juegos de aparente inversión sexual, pero sin duda lo decisivo es el elemento de duda que también allí persiste por la indefinición de la imagen. Indefinición y duda proyectadas sobre el sistema todo de construcción de escena en torno a la batería de preguntas inscritas como cuestionamientos sobre las fotografías: zapatos indiferenciados bajo el lecho y tras una puerta abierta (¿quién mantiene a quién?); afeites recíprocos reflejados en la mirada del otro (¿quién escucha a quién?); lágrimas simétricas cayendo sobre rostros paralelamente impávidos (¿quién hiere a quién?); un solo e intocado plato de comida (¿quién espera a quién?); cuatro llamadas perdidas en el celular olvidado junto al vaso sin terminar (¿quién engaña a quién?)... Y una caída única de la mirada desde el séptimo piso hasta el pavimento que también sabe de esperas (¿quién ama [demasiado] a quién?).

El (melo)dramatismo final de esa imagen intermedia pone en abismo la ironía paródica inscrita en el propio lenguaje gráfico de un conjunto articulado desde pautas estrictamente publicitarias de comunicación visual. (Y bajo un lema que remite a una serie televisiva norteamericana). El más público y mediático de los estilos subvierte y airea las situaciones personales más íntimas. Que son, sin embargo, también algunas de las más ampliamente compartidas. Otra dimensión de lo político.

De la política misma. Pocos meses antes de la realización de esta obra Iguíñiz y Venturo empapelaron porciones estratégicas de Lima con afiches provocadoramente alusivos a la animalización sexual de la mujer. "Si caminas por las calles y te gritan perra...", gritaba el texto principal sobre la foto de la mascota de Iguíñiz, "tienen razón porque te pusiste una falda muy corta y traicionera." Una dirección electrónica servía de incitación final. (Final y primera: el título de la propuesta es precisamente perrahabl@, con arroba terminal). Las respuestas no se dejaron esperar. En la red y sobre la superficie misma de cientos de carteles arrancados o excitadamente intervenidos. Pero también en una parlamentaria inquisitorial. Y en una alcaldesa confundida. Y en una ministra descontrolada. Y en un poder judicial cuyos fiscales investigan en esta gestualidad críticamente artística la posibilidad de delitos denigratorios nunca percibidos en el masivo ejercicio de la calumnia, el chantaje y la pornografía por parte de esa prensa amarilla subvencionada por el régimen para un más eficaz envilecimiento de la vida pública.

Esta indirecta puesta en evidencia puede ser el logro radical de una obra que en otros contextos algunos pensarían naive. Y aquí se torna imperativa la consideración del reloj local. Como cierta teoría social nos recuerda, el arte no está en la imagen ni en el objeto sino en el circuito que le otorga su sentido. En la semiosis social que Iguíñiz y Venturo ponen audazmente en escena al también utilizar espacios artísticos para exhibir no el afiche mismo sino los registros infográficos de lo por él suscitado. Hay en esa opción desconcertante una intuición precisa: perrahabl@ adquiere sus valores singulares no en las formas de su elemento inicial sino en los formatos y consecuencias de sus provocaciones. Una escultura social que toma y exterioriza el descarriado pulso

de nuestra comunidad degradada. "Iguñiz lanzó una piedra", escribe Venturo, "otros lanzaron el resto". "La ley de la calle", dice Natalia.

Gustavo Buntinx, 2000